CINECLUB NUCLEO **www.cineclubnucleo.com**	Temporada Nº **58** Exhibición Nº **7497** Cine **GAUMONT**
Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA	
□ Fundado por Salvador Sammaritano □ Fundación sin fines de lucro □ Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes □ Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes □ Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires	
Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102 o escribiendo a: **ccnucleo@hotmail.com**	Buenos Aires, domingo 25 de septiembre de 2011 Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE

DILETANTE

(Argentina - 2010)

Dirección: KRIS NIKLISON. *Guión y dirección de fotografía*: Kris Niklison. *Montaje:* Felipe Guerrero, Kris Niklison. *Sonido:* Marcelo Gareis, Santiago Peresón. *Diseño gráfico*: Paula Mirzraji. *Participación*: Cesar Gonzalez, Bela Jordan, Cata Pereira. *Producción*: Kris Niklison, Lita Stantic. *Producción ejecutiva:* Evangelina Loguercio. *Productoras*: Lita Stantic Producciones. *Duración*: 75'.

Este film se exhibe por gentileza de Primer Plano Film Group

El Film

La película arranca con las imágenes de un desfile gay en Ámsterdam y esas escenas no son gratuitas. Niklison vivió 20 de sus 42 años en Holanda hasta que decidió regresar a la Argentina y filmar a Bela Jordan, su madre octogenaria y "diletante" que vive en una casa de campo en Sauce Viejo, un pueblo ubicado a orillas del río Paraná. La directora/hija/observadora filma las charlas (casi monólogos) entre la extravagente Bela y su cocinera Cata, mientras inserta imágenes del casero, una suerte de "intruso" o "espía" que trabaja en el lugar.
Bela es encantadora y despiadada, seductora e inquietante, divertida y miserable, bon-vivant y tacaña a la vez. La vemos armar un rompecabezas de 2.000 piezas, navegar por Internet en su laptop, consultar por teléfono sobre la capacidad de almacenamiento de un DVD, montar un cuatriciclo, empuñar una motosierra, cuidar el jardín o tomar sol y leer junto al río, mientras reivindica el ocio (la posibilidad de perder el tiempo) y sus arrugas u opina sin demasiados fundamentos de la política argentina.
Este documental que por momentos remite a la mexicana Intimidades de Shakespeare y Víctor Hugo (premiada en el BAFICI) resulta un bienvenido debut en la dirección de una artista multifacética (danza, teatro, coreografía y hasta actuaciones en el *Cirque du Soleil*), pero que parece tener también un prometedor futuro en el cine.
(Diego Batlle, 6 de mayo de 2010, extraído de www.otroscines.com)

Como en los pueblos del Oeste, en el ambiente del cine no es común la llegada de forasteros. Gente venida de otra parte, que irrumpe súbitamente. Mucho menos que esos forasteros vengan con un "factor cine" mucho mayor que realizadores de formación más formal. Ópera prima de Kris Niklison, de **Diletante** no se sabía nada cuando desembarcó, un año y medio atrás, en la competencia argentina del Festival de Cine de Mar del Plata, ganando con toda justicia el premio mayor. Dueña de un múltiple *background* teatral (intervenciones en el *Cirque du Soleil*, obras propias, participación en alguna puesta de Dario Fo), la formación cinematográfica de Niklison se reducía, en cambio, a un papelito en la versión de La tempestad de Peter Greenaway y un curso en la escuela cubana de San Antonio de los Baños. Tal vez haya sido esa condición de extranjera la que, a la hora de encarar **Diletante**, la llevó a plantearse desde cero todo lo que da al medio su especificidad: qué mostrar y qué no, dónde y a qué distancia poner la cámara, cómo fragmentar el espacio y unir unos planos con otros, qué clase de relación establecer entre imágenes y sonidos. Como si hubiera tenido que (re)inventar el cine para cumplir lo que se proponía.
Niklison se proponía lo que a algún distraído podría parecerle banal: filmar a la mamá durante unas vacaciones, con una cámara de video recién comprada. Una serie de retratos

robados, antes que uno definitivo. Documental riguroso, de Bela Jordan no se sabe otra cosa que lo que se ve o se le oye decir. Octogenaria de carácter, dueña de rasgos firmes y sólidas arrugas, la señora tiene un campo en Sauce Viejo, Santa Fe, a orillas del Paraná. Se le adivina cierta alcurnia. Dice que su vida cambió a partir de la viudez. No le gusta trabajar, tiene gente que lo hace por ella. César se encarga de las tareas más pesadas. Se supone, porque tampoco es que se lo vea deslomarse. Cata se ocupa de las cosas de la casa. A César se lo ve, pero no se lo oye. Cata, lo contrario. Nunca aparece en cámara y sin embargo nunca deja de estar presente, gracias a los imperdibles diálogos sobre nada que sostiene con Bela desde fuera de campo.

La mitad de **Diletante** es un documental de observación, en el que Niklison observa a Bela hacer lo que más le gusta: nada que sea considerado productivo. “Cuando era chica mi papá me explicó qué era un diletante: alguien que sabe hablar, que sabe divertirse, pero que no trabaja. Desde ese día no quise ser arquitecta ni abogada: quise ser diletante”, le comenta Bela a Cata, mientras ejerce su oficio favorito con ayuda de libros, navegaciones de Internet y rompecabezas. “De chica, mi mamá me apoyaba el libro que estaba leyendo sobre la cola, para que sintiera su presencia”, había anunciado Niklison en la brevísima introducción, un par de minutos que dan a **Diletante** la condición de documental en primera persona. Durante los restantes 68 minutos, la primera persona desaparece detrás de cámara. La otra mitad de **Diletante** podría llamarse “documental de conversación” y consiste en un *pas-de-deux* verbal.

Como escapadas de una novela de Manuel Puig, Bela y Cata chusmean. Chusmean sobre César, que parece que anda con novia nueva. Sobre dormir con ropa o sin ella. Sobre trabajar o no hacerlo. Sobre cómo montar la motosierra que Bela acaba de comprar. Sobre la muerte y cómo ahuyentarla. Elocuencia del plano cinematográfico: Niklison filma a la madre en gigantescos planos-detalle, tamaño que parecería obedecer más al deseo de conocer que a un parentesco puesto entre paréntesis. Se recorre palmo a palmo la piel de la mujer, se la muestra leyendo con lupa las letritas de la laptop, se captura un reflejo oportuno sobre sus anteojos. Arte del contrapunto. Contrapunto narrativo (el hombre que se ve y no se oye, la mujer que se oye y no se ve) y visual: a un plano de Bela lo sucede un atardecer sobre el río, a otro unos cardos, luego una cortadora de césped. Planos como comparaciones: piezas de rompecabezas, manchas de humedad sobre una pared.

Desfases entre la imagen y el sonido: sobre el atardecer, los cardos o la cortadora irrumpen a toda orquesta, a voz en cuello, pasajes de un musical de Gilbert & Sullivan. Indicaciones de la presencia de una realizadora que toma decisiones infrecuentes. ¿Decisiones caprichosas? No parece: la estructura de **Diletante** responde a la más clásica y rigurosa simetría constructiva. Empieza con una marcha callejera –la *gay parade* de Ámsterdam–, termina con un maratón acuático, la carrera de natación Santa Fe-Coronda. Allí, un contraplano permite que el saludo de Bela Jordan a los concursantes funcione como despedida del espectador. Planos-detalle, fuera de campo, contrapuntos, simetrías, arte del montaje. El cine redescubierto por una recién venida que no parece haber llegado al pueblo para irse pronto.

(Horacio Bernades, 7 de mayo de 2010, extraído de www.pagina12.com.ar)

Una de las cosas que hacen extraordinaria a esta película es que, en su admirable gesto de curiosidad, parece estar devolviéndole al cine nada menos que la potestad para el registro minucioso de aquello que, si no se lo ve a tiempo, se pierde, se escapa, desaparece de la vista, acaso para siempre. Pero eso no es lo único. A menudo puede suceder que los documentales que se ocupan del retrato de un personaje digan menos del retratado que de quién está detrás de cámara. Es una tentación genuina y siempre latente esa. En **Diletante**, la directora despacha el asunto mediante el trámite de poner su voz en off durante los primeros minutos de la película. Sobre imágenes del *gay parade* de Ámsterdam, lugar en el que vivió, según nos informa, Niklison hace el esbozo veloz en primera persona de una vida (la propia) al tiempo que da señales del porqué de una elección; de paso, el prólogo resulta una deliciosa filigrana cuya brevedad se solidariza con su contundencia, y en la que conviven un cosmopolitismo espectral y un desparpajo que puede resultar tanto agresivo como adorablemente entusiasmado (y que tan bien conocen los que la han visto en las presentaciones de la película, sacándole fotos al público dentro de la sala y dispuesta a hablar después de la proyección con todo ser vivo que se le acerque).

Pero, enseguida, en un pase de manos imperceptible, la vitalidad carnavalesca del desfile deja paso a otra cosa. Algo queda claro a partir de allí: la película se trata, al fin, de cuerpos. Ese es su tema y el motivo principal que recorre sus imágenes. Cuerpos anónimos que se sacuden y se exhiben brevemente al ritmo de la música o cuerpos familiares como el que aquí se ve retratado, cruzados por arrugas venerables, sentados junto a una ventana en la calma de una siesta de provincia. Lo mismo da. Esas dos secuencias que oportunamente se pegan lo dicen y el montaje en esta oportunidad no miente. Niklison ha establecido de una vez su lugar como cineasta: a partir de allí sabemos quién sostiene la cámara, quién observa. Con inesperada elegancia, la voz de la directora se esfuma y deja lugar al de la madre, que además demuestra ser una charlista consumada (la hija heredó eso, se ve) y cuyos diálogos con una un empleada doméstica en permanente fuera de campo, la mayoría imperdibles, constituyen la columna vertebral de la película. Sin mirar jamás a cámara, la mujer se explica, ratifica con firmeza sus gustos personales, hace un poco de historia familiar o expone el alivio de un humor ligero, grácil, a modo de última frontera levantada en contra de la muerte. A un primerísimo plano de su cara puede seguirle el de un árbol recortado contra el cielo: la directora mira pero también mira su madre (y nosotros con ella), y en ese juego en el que el espectador se desdobla es que la mirada ajena se le vuelve perturbadoramente propia. Son cosas del cine. En tanto, vemos pasar al casero, primero de derecha a izquierda del plano. Más tarde, en sentido contrario. Desde su pequeño matriarcado dentro de esa casa que seguro ha conocido tiempos mejores, las dos mujeres unidas por el hilo de la conversación (esa forma mediante la cual lo humano se hace ver de

manera inapelable), se burlan un poco, con una malicia llena de cariño, del comportamiento y de los tics del hombre.
Es verdad que de tanto en tanto Niklison no se priva de algunas piruetas que parecen un poco deslucidas e innecesarias (simpáticas al fin en su irrelevancia), como anegar planos que muestran atardeceres bucólicos con estruendosos comentarios musicales, por ejemplo. No es nada grave, pero el recurso es viejo y no termina de cuajar en el clima de particular serenidad de la película. Aunque **Diletante** tiene en su construcción un innegable planeamiento formal (expresado en el riguroso fuera de campo de la mucama o en los desplazamientos del casero, por ejemplo) hay en el cine de la directora un raro primitivismo (que a lo mejor constituye también parte de su libertad) que da por resultado algún pasaje como los mencionados. Pero quién podría reprocharle esos momentos, a la vista de los modales de nobleza casi infinita que su película está dispuesta a exhibir. Imbuida de una gracia impar, **Diletante** es capaz de mostrar los pliegues de la piel de un rostro humano como si fuera un paisaje extraterrestre. De ese modo, consigue su triunfo a partir del punto en el que buena parte del cine se retira: desnaturalizar el mundo a nuestro alrededor para encantarlo, para devolverle su carácter extraño e inescrutable, para restituir el feliz y definitivo esplendor de su misterio.

(Extraído de http://cinemarama.wordpress.com)

Rogamos apagar los celulares
No se pueden reservar butacas